

en semejantes usos, les parecen las provocaciones enteramente inmotivadas, pero en el fondo de todo ello existe siempre algún desacuerdo doméstico ó el recuerdo de algún hurto cometido. Aquellas gentes casi nunca pelean por otra cosa. Pero á semejanza de sus precursores de la antigüedad, cuando los huicholes se disponen á entrar en riña, comienzan por arrojar las armas que llevan consigo.

En breve se miran luchando muchos combatientes sobre el lodo, tirándose de los cabellos y apuñeteándose las caras, contribuyendo las mujeres á la confusión con sus esfuerzos por separar á los luchadores. La prisión está siempre á la mano, y los "soldados," que ejercen funciones de policía, y que se hallan tan borrachos como los demás, suelen tratar de llevarse á algún perturbador. Cuando muchos pretendidos mantenedores de la paz, se apoderan del prisionero que pueden, á manera de hormigas que arrastran un gusano, á menudo tienen que soltar al cautivo, rodando unos sobre otros. Á veces, cuando la mujer del arrastrado es de resolución, induce á algunos de los amigos de su marido para que lo liberten, resultando que al cerrarse el día hay muy escasos prisioneros en la cárcel de adobe.

El indio cora y dos de mis mexicanos se volvieron á sus casas un día después de mi llegada, pero el cocinero y el jefe de carga permanecieron algunos más hasta que pude establecerme en mejor habitación, pues la Casa Real se me estaba haciendo excesivamente molesta. Vivíame casi empapado y tenía que abrir zanjas frente á mi "hotel" para evitar que se inundara. Don Zeferino me había mostrado otro lugar seco, pero bastante repulsivo en el viejo cuarto donde él vivía. Había que entrar por la única ventana del ponderado cuarto, y como la luz quedaba obstruída por el ancho corredor, la habitación era tan lóbrega como un calabozo; pero considerando que allí podía guardar con mayor seguridad lo que llevaba, y que con

ello me sería mas fácil descargarme del resto de mis acompañantes, me resolví á aceptarlo. Me había determinado captarme la voluntad de los huicholes, y mi primer paso en esa dirección era cortar todas mis relaciones con los mexicanos.

Don Zeferino no era casado, pero su hermana le hacía casa. Uno y otra tenían un hijo grande. Como la familia era pobre y no me podían dar asistencia, yo mismo tenía que cocinarme y buscarme comida de los indios. Me es insoportable ocuparme de cocina tanto como manejar la aguja, y en los casos de urgencia me he contentado generalmente con los dos platos que más fácilmente se preparan: arroz cocido y agua caliente endulzada con miel. Me quedaba todavía un poco de miel de California, como último resto de civilización, y algún arroz que obtuve en México. Pude entonces, sin embargo—esto es durante la estación de aguas,—procurarme alguna leche así como gallinas y huevos, pero prueba cuan ligero era mi manejo de casa esta partida de los gastos de un día, que figura en mis notas:

Arroz (calculado), <i>pro ata</i> .....	3 cts.
Leche.....	6 "
	<hr/>
Total para toda la expedición en un día .....	9 cts.

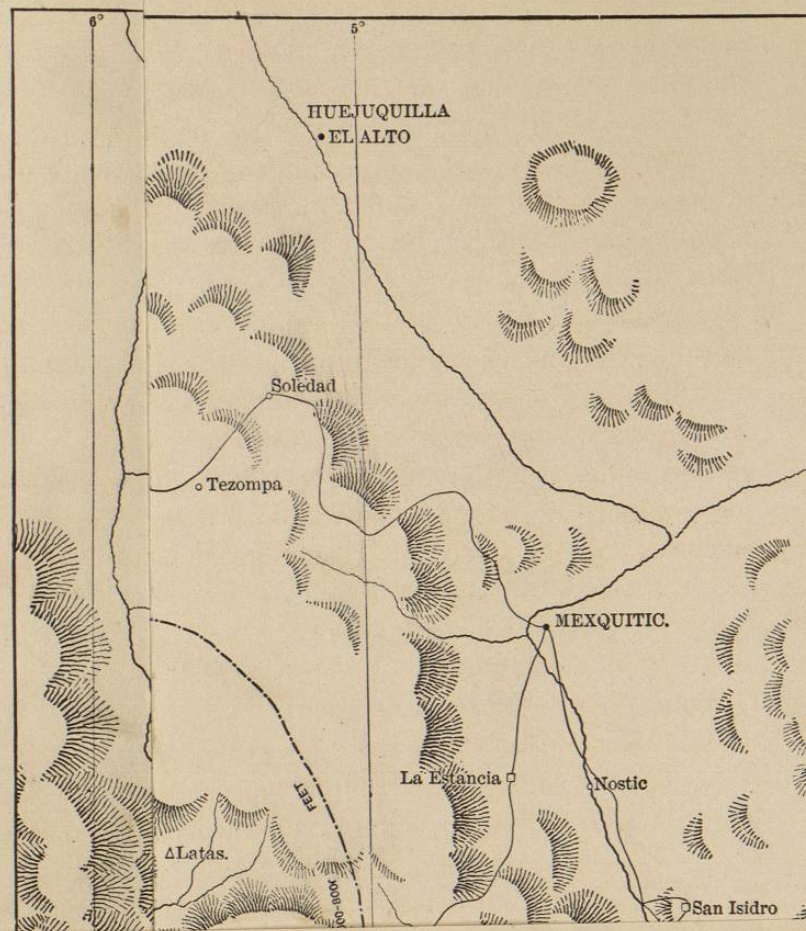
El cálculo está hecho en moneda mexicana, de manera que el total no pasaba de cinco centavos americanos.

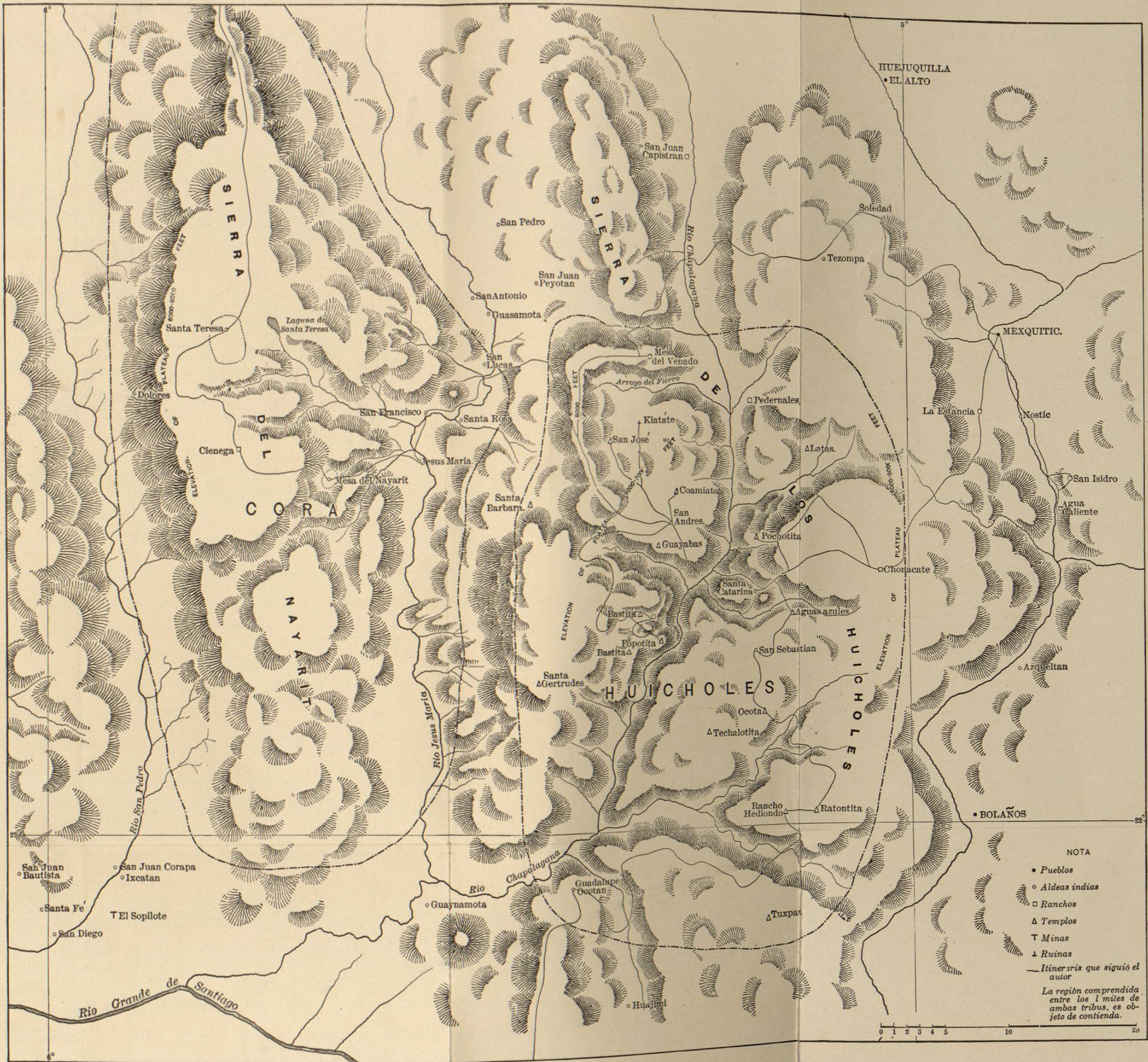
Aunque esto era satisfactorio desde el punto de vista económico, acepté gustoso una oportunidad que por sí misma se presentó de entrar en conocimiento con una de las pocas familias de indios que vivían permanentemente en el pueblo. El padre, Carrillo, tenía casi seis pies de estatura, era delgado y usaba larga cabellera. Sus facciones fuertemente marcadas daban á su cara una apariencia tal cual si fuese de piedra. Su mujer era bajita de cuerpo muy inteligente. Con la anciana pareja habitaba una

nieta huérfana cuyo nombre era "Enagua de flores" (Rutúli Jbí). El nombre se refiere á la falda de la principal diosa del agua, que trae la lluvia del oriente y produce las flores primaverales, consideradas poéticamente como el vestido de la deidad. Otra muchacha huérfana, cuyo nombre era "Nube del norte," iba frecuentemente á la casa.

Carrillo sabía muy escaso español y las mujeres todavía menos, con lo que la conversación era al principio muy difícil; pero poco á poco me familiaricé con el modo de expresarse que tenía cada uno. Era motivo de diversión y gusto para las muchachas el que yo las llamase con sus poéticos nombres nativos, que usan siempre los huicholes entre sí, aunque la costumbre de tomar además nombres españoles haya llegado á ser casi general. Débese esto por una parte á la influencia de la iglesia, y por otra á la idea que tienen los indios de que con ello se les facilitará el trato con los mexicanos.

Dos veces al día llevaba mis ollas á casa de ellos, á distancia de doscientas varas, y allí las muchachas me ayudaban á preparar mi comida. Pronto aprendieron á hacerla por sí solas. Se necesitaron, sin embargo, dos ó tres semanas para que me tuviesen suficiente confianza, y accedieran á llevarme la comida á la ventana de mi habitación. Después me acompañaban muchas noches á mi casa, llevando la comida y alumbrando el camino con antorchas de ocote. Siempre recuerdo con gusto las horas de la mañana y de la noche que pasé junto á su hospitalario fuego, viendo á las muchachas hacer las tortillas y cocer mi comida. Aunque tales ocasiones no pueden llamarse con exactitud "fiestas de razón" bien podrían recibir el nombre de "expansiones del alma:" y no sé como me las hubiera pasado en aquellas penosísimas y monótonas semanas de lluvia á no ser por esa familia que tanta consideración me mostraba.





Mapa del territorio de los indios huicholes y coras, y territorios adyacentes. (Notas del autor.)

El resto de la gente, de las autoridades abajo, me trataron durante dos meses con la más completa indiferencia, y era visible que hubieran preferido no haberme visto nunca. El gobernador era un indio cabal, encerrado en sus costumbres y creencias religiosas y extremadamente reservado. Á pesar de tener el riñón bien cubierto, no era dadivoso en lo más mínimo, aunque equitativo en sus tratos. Era enteramente sencillo, lo cual no pasaba con el alcalde que sabía algo de las tretas de los mexicanos astutos y era uno de los ricos de la tribu, esto es, poseía como doscientas cabezas de ganado y cosechaba considerable cantidad de maíz y frijol. No había desde luego mucho que esperar de tales hombres. Lo unico que hicieron por mí fue encargarme á un muchacho que cuidara mis mulas, que yo había dejado sueltas, ya que no quedaba otro recurso que permanecer allí, ni cosa mejor que aprovechar la oportunidad para estudiar á aquella gente.

Á todo el que pasaba cerca de mi ventana, lo animaba á detenerse con insignificantes regalos de abalorios, comida, etc., y comencé á hacerme de algunos amigos, aunque los indios más á la vista no son nunca de la clase mejor. Creía yo, con todo, que ninguna amistad era de desdenar porque podría servirme para adquirir otras relaciones.

Entre los primeros que me visitaron se contaron las hijas casadas de Carrillo, esposa una de ellas de un huichol que hablaba castellano. No obstante tener escasa confianza en cualquier huichol que hablara el español, hice cuanto estuvo de mi parte para agasajarlos, dándoles mucho que comer y divirtiéndolos con juegos de manos. Uno ó dos días después se presentó el marido diciéndome que las mujeres deseaban saber qué clase de gente había en la tierra de donde yo llegaba y si también existían indios. Celebrando la oportunidad de una aproximación más íntima, lo apremié á que llevase á las mujeres nuevamente á mi campamento, á fin de decirles lo que querían saber.

Les enseñé las ilustraciones de mis artículos relativos á los indios tarahumares publicados en el *Scribner's Magazine*, dándoles explicaciones como á niños. Demostraron gran interés acerca de las grutas, casas y utensilios de co-

CANCIÓN HUICHOLA DE LA LLUVIA

Con esta canción se implora á *Vælica* (águila real) *huimali* (joven, doncella), que, en opinión de los huicholes, sostiene al mundo con sus garras. Su manto son las estrellas y todo lo vigila desde el cielo.



Væ - li-ca hu-i-má-li Væ - li-ca hu-i-má-li  
Águila real! Joven águila madre! Águila real! Joven águila madre!



(Va - væ-) me-má-na caui (Va - væ-) me má-na - caui (Va-  
Está flotando, flotando arriba! Está flotando, flotando arriba! Está



væ-) me-má-na caui (Va-) ta-hæ-ma-me (me-) má - na - caui (Va-  
flotando, flotando arriba! Sobre nosotros flotando, flotando! So-



ta - hæ-má-me (me-) má - na caui (Va-væ-) me-má-na caui (Va-  
bre nosotros flotando arriba! Está flotando, flotando, Está



væ-) me má - na caui (Va - væ-) me - má-na caui  
flotando, flotando! Está flotando, flotando arriba!

cina de sus distantes primos, y convinieron en que tenían estos mucho parecido con ellos. Mostraron todavía mayor interés por la gente de Bar Harbor, la concurrida playa americana, por los trajes de las señoras, por los mejores remadores y remadoras de las canoas, etc. No advertí

sin embargo que les causara particular impresión el tipo varonil ni el femenino de la belleza americana. Las simples ilustraciones de las páginas de anuncios, especialmente las que tenían figuras de animales, les despertaban mayor curiosidad.

Aun cuando lo hubiera querido, no me habría sido posible proseguir mi marcha á causa de las lluvias que continuaban muy abundantes. Por lo general, durante la estación de aguas, el esplendor de las tardes compensaba de la pesada monotonía de todo el demás tiempo lluvioso en cada período de veinticuatro horas; pero en San Andrés, á causa de la altura, una espesa niebla cubría diariamente el campo hasta eso de las dos de la tarde. Hasta entonces esclarecía, pero dos horas después la lluvia comenzaba de nuevo

CANCIÓN DE LA LLUVIA



hasta la noche. Á veces me despertaba el terrible estrépito de los rayos, que parecían venir del noreste. El aspecto de la tempestad era magnífico á distancia, á causa de los incesantes relámpagos que tornaban la noche en día. Truenos portentosos, multiplicados por los ecos, resonaban como continuos disparos de artillería rodando sobre las montañas. En menos de un cuarto de hora, nos llegaba la tormenta como si todos sus demonios anduviesen sueltos, amenazando levantar el techo de la casa. La cegadora luz de los relámpagos y el ruido ensordecedor del trueno parecían anunciar que había sonado nuestra última hora; pero la amenazadora tempestad continuaba moviéndose, y en pocos minutos había pasado el peligro.

Se abrían á veces hermosos días, y aun por una semana ó más cesaba la lluvia y se limpiaba el cielo. Yo utilizaba esas ocasiones para emprender correrías á los ranchos del norte y sur. Para mi regalo, encontré que los huicholes de

fuera de San Andrés eran más tratables, al grado que aun pensé en establecer mi campamento entre ellos. Pero después de todo, el curato era el mejor lugar que podía yo encontrar para permanecer algún tiempo; primero, porque lo que llevaba estaría enteramente seguro, y segundo, porque San Andrés es el centro del campo occidental del río. Se hacen allí muchas fiestas y hay mucho tránsito de indios; pero no era ciertamente lugar muy ameno para mí, sobre todo en aquella estación del año.

#### CANCIÓN HUICHOLA DE LA LLUVIA

Transcrita del Grafófono.

La sección A es una introducción; la sección B se repite de tres á cinco veces, permitiendo ligeras interpolaciones, en relación evidentemente con los cambios que se hacen en las palabras de la canción, y que no alteran el carácter de la música.



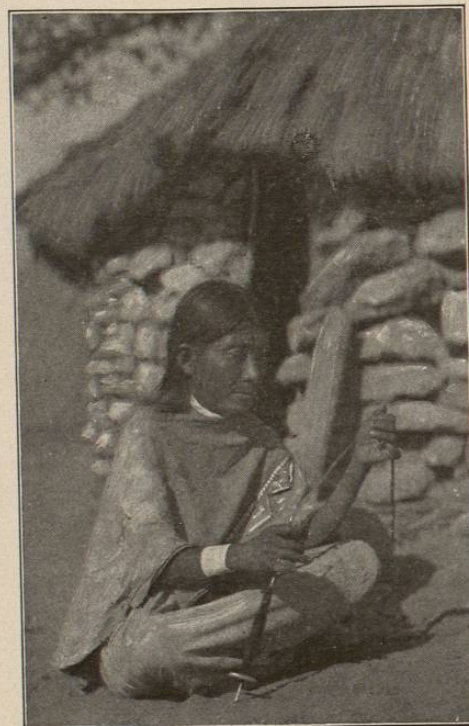
Á fines de julio los dioses habían respondido tan liberalmente á las súplicas del pueblo, que ya no había necesidad de más fiestas. Los indios, por tanto, se quedaban en sus ranchos y mi existencia llegaba á ser tan monótona que casi comencé á odiar aquel sitio. Pero aunque á los blancos les causa mayor ó menor depresión el mal tiempo, mientras más densa es la niebla y más se empapa la tierra, más alegres y felices se sienten los huicholes.

Tan reblandecido había quedado al fin el suelo, por lluvia tan continuada, que no me era posible emprender ni cortas excursiones, pues las mulas se hubieran atascado hasta la barriga. Realmente me sentía "extranjero en tierra extraña;" pero quien sabe esperar todo lo alcanza.

## CAPÍTULO II

NOMBRE É HISTORIA DE LOS HUICHOLAS—SU ESTADO MENTAL—CASAS, TEMPLOS Y ADORATORIOS—COMO SE CELEBRA LA GRAN FIESTA DE LOS TAMALES DE MAÍZ CRUDO \*—PERNOCTO EN UN ADORATORIO—EQUIPALES CURIOSOS—DISTRIBUCIÓN DE COMIDA—LAS TORTAS DE MAÍZ—ANTIGÜEDAD DE ESTAS PRÁCTICAS—LA CAZA DEL VENADO—EL AYUNO—SE RECIBE AL VENADO COMO Á UN DIOS—CARRERAS RITUALES.

EL nombre de huicholes que aplican los mexicanos á estos indios es una corruptela de *vishálica* ó *virárica*, que es como ellos se llaman, palabra cuyo sentido es "doctores," "curanderos," denominación muy justificada por ser *shamans* casi la cuarta parte de sus hombres. Muchos de ellos no confinan su profesión á su propia tribu, sino que la practican haciendo excursiones entre los coras y tepehuanes, y



Hilandera.

\* El mismo Sr. Lumholtz me ha dado esta denominación castellana, que conserva en sus notas, para lo que él llama *unhulled corn-cakes*.—*Nota del traductor.*